

ga por esto el orden sobrenatural, pero obra criminalmente contra él, sin que por ello pueda herirlo. Puede uno negar lo sobrenatural, pero no puede prescindir de él; puede revelarse contra él, pero no suprimir la obligación de someterse á él, ni menos la conciencia de esta obligación, ni el malestar que le produce, el cual es la prueba más segura de que no se han logrado grandes resultados al negar una verdad que está por encima de nosotros. Una cosa que no existe, se ignora, pero nos deja indiferentes y no turba nuestra tranquilidad. Cuando sentimos inquietud, despecho y excitación, nos prueba que es incómoda. Pero cuanto más incómoda es, más cierta es también su existencia, y con mayor fuerza se hace sentir su proximidad.

La conducta de los que rechazan la fe es igualmente una de las mejores pruebas de que también ellos sienten la necesidad de creer, de que rinden testimonio á la existencia de una verdad sobrenatural.

**5. La fe, base, principio, condición preliminar de toda vida moral.**—Existe, pues, una verdad, una verdad que está por encima del hombre, una verdad inmutable. Esta verdad es el fundamento indispensable y la base segura de todo derecho, de todo orden, de toda vida pública y privada. De aquí que la fe religiosa y sobrenatural sea la base y la condición indispensable de toda paz, de toda seguridad, de todo progreso honesto y moral.

En lo referente á la vida pública, nadie exigirá de nosotros numerosas pruebas para demostrar este principio, porque nadie lo niega. Sólo hay un medio para mantener el orden y la seguridad pública: conservar la fe y la vida religiosa en las masas.

Aun los hombres de Estado que personalmente son muy hostiles á la fe, comprenden que es imposible, en ciertos momentos decisivos, refrenar los furios de las muchedumbres, por la educación ó por la fuerza de la ley, con un ejército de funcionarios ó con innumerables agentes de orden público y soldados. Sea la que se quiera la vigilan-

cia desconfiada que ejerzan sobre la Iglesia, y las trabas que pongan á cada uno de sus movimientos libres, nunca la oprimirán por completo, á menos que se vean forzados á ello por un poder extranjero irresistible. Porque no pueden ni quieren prescindir de la Iglesia como institución de policía para dominar á las masas, ya que saben muy bien que no hay poder alguno capaz de sustituirlo en este sentido.

Pero, por lo contrario, todos los poderes que trabajan en el desorden general, como si estuviesen dirigidos por un instinto seguro, propónense ante todo arruinar la soberanía de la fe. La primera cosa que se proponen es, si no destruir, por lo menos quebrantar y debilitar á la Iglesia, fortaleza de la fe. Quieren hacerle tan difíciles como sea posible los medios con los cuales despierta, mantiene y fortifica el espíritu de la fe. Luego dirigen sus ataques á las grandes y á las pequeñas escuelas, á fin de destruir la fe en el corazón de las generaciones que en ellas se educan, y finalmente, atacan á las mujeres para desviar por adelantado las fuentes de la fe de las futuras generaciones. Si triunfasen, estarían seguros de que ningún otro poder pondría obstáculos á sus planes de destrucción universal.

Pero lo que nadie niega con relación á la vida pública, es mirado por otros muchos como inútil desde que se trata de la vida privada del individuo.

Difícil es de creer hasta qué punto es estrecho el horizonte de la mayor parte de los hombres, y cuán poco capaces son de un golpe de vista extenso y seguro. Aun muchos hombres de Estado reaccionarios y representantes del pueblo, conservadores, trabajan años y años, sin ver claramente que el hombre y la humanidad deben vivir según las mismas leyes; que el individuo sufre bajo la dependencia del todo, y que el todo no puede ser mejorado, sino por el mejoramiento del individuo. Hablan y obran como si la totalidad—que ciertamente es algo más elevado que la simple suma de sus miembros—fuera un ser que

vive sólo para sí, un ser cuyos miembros están separados por largas distancias. De aquí que permitan, en interés general, cosas por las cuales se castigaría severamente al que se las permitiera como particular, ó bien prescriben leyes al conjunto, pero permiten á los miembros, ciertos detalles que suprimen por adelantado. Pueden darse cuenta de que ningún mejoramiento se realizará en nuestra situación actual, mientras no observen todas las leyes de la moral, pero no tienen el valor de hacer de estas leyes la base de la economía nacional y de la dirección del Estado. En medio de semejante estrechez de miras y de tan general medianía, no debe dolerse la fe, si su suerte no es mejor que la de toda otra cosa razonable. Pero esto es una razón para que todos los que se sienten animados de intenciones serias con relación al bien, abran los ojos y confiesen que la fe no puede ser una base sólida para la vida pública, si el pensamiento y la vida de los individuos no se basan en ella por manera inquebrantable. Así como en el mundo, en general, debe provenir todo de la fe y todo debe descansar en ella, así también debe ocurrir en el mundo en pequeño, es decir, en el hombre.

La fe es el principio de todo lo que pertenece á la salvación y de todo lo que á ella conduce; es la base y la raíz de todo bien sobrenatural, es decir, de todo bien completo. <sup>(1)</sup>

Preciso es que uno haya hecho pocas observaciones sobre sí y sobre los demás, para no encontrar confirmada por la experiencia la verdad de este principio. Los buenos cristianos, los cristianos creyentes, pueden desgraciadamente pecar también, dice un poeta de la Edad Media, porque el pecado es cosa tan común, que pocos están exentos de él; pero

(1) Hebr., XI, 6; Concil., Trident., s. 6, c. 8; S. Agustín, *In psalm.*, 31, en. 2, 3; Chrysost., *In Mat. Hom.*, 33 (34), 2; Tomás, 3, q. 73, a. 3, ad 3; *De verit.*, q. 14, a. 2, ad 1; 1, 2, 9, 113, a. 4; Peraldus, *Summa de virtut. et vitiiis tr. de fide*, c. 4 (Venet., 1571, I, 60 y sig.). Rainer a Pisis, *Pantheol. verb. fides*, c. 3, 4; Hug. Argentin. (vulgo Albert. Mag.) *Compend. theol. verit.*, 5, 19; Petrus a Tarant. (falso Gorran), *In Epist. ad Rom.*, 1, 8; Antonin., 4, t. 8, c. 2, § 2, 8; Dante, *Inferno*, 2, 30.

todo aquel en quien la fe es sólida puede, en pocos instantes, curarse del pecado por la penitencia. Si la verdadera fe ha sido arrancada del corazón por ladrones, es éste un pecado superior á todo otro. <sup>(1)</sup>

Preciso es haber sido testigo, para comprender con qué facilidad y rapidez se convierte el peor asesino, cuando no ha perdido la fe; pero es preciso también haberlo visto para creer con qué rapidez, corazones, buenos desde luego, sucumben á la dicha, caen en la desesperación, se sumergen en las cosas de la tierra y en los placeres vergonzosos, y cuán difícil es, aun en el momento de un peligro extremo, á pesar de la clara visión de su estado y de las protestas de hastío de su excelente natural, encaminarlos al bien cuando han naufragado en la fe. Parece que, con la fe, todo medio de mejoramiento se ha evaporado, que todas las exhortaciones, todos los buenos deseos, todas las promesas, todas las perspectivas de horrorosos castigos, todos los milagros más conmovedores de Dios, hayan sido arrojados á un tonel agujereado ó á una charca sin fondo.

Pero así es en realidad. La fe es, en verdad y á la letra, el principio y la base del Cristianismo.

Así como la humildad es la base de la vida cristiana, así la fe es el fundamento de la idea cristiana. Ó, para hablar con más exactitud, así como el pensamiento y la vida cristianos no pueden ser separados; así como una vida según los preceptos cristianos, pero sin la aceptación de las verdades cristianas, es una falsedad y una mentira tan grandes como la de decir que uno considera como verdaderas las doctrinas cristianas, aunque no las siga en la práctica, así la fe y la humildad deben correr parejas; únicamente entonces encuentra el Cristianismo una base segura en el hombre.

Una fe que consista en la aceptación de tal ó cual doctrina, porque se crea haberla comprendido, ó porque esté conforme con nuestros gustos estéticos, con nuestras incli-

(1) Reinmar von Zweter, 2, 89 (Hagen, *Minnssænger*, II, 193; Wackernagel, *Das Deutsche Kirchenlied*, II, n. 123).

naciones y con nuestras preferencias, no es fe en el sentido cristiano de la palabra.

Sobre una fe semejante no se edifica una vida cristiana. El que se convierta en cristiano sólo por semejantes consideraciones, difícilmente permanecerá tal hasta el fin.

Puede ocurrir que alguien, por un estudio profundo, pueda llegar á una convicción intelectual que nada tenga que objetar contra las doctrinas, la constitución y la vida de la Iglesia; puede ocurrir que haya mucho tiempo que esté convencido de la verdad de los principios cristianos, y que vea con evidencia que sólo hay un medio de salvación, la verdadera fe en Jesucristo, en la Iglesia de Dios sobre la tierra, pero con esto no ha dado un paso adelante, y después de muchos años, se encontrará en litigio con la antigua dificultad. <sup>(1)</sup>

¡Cuántos años el ilustre Stolberg permaneció frente á ese ancho foso, á esa elevada montaña! <sup>(2)</sup> Su convicción no podía ser más fuerte; buscaba siempre algo nuevo, y siempre encontraba lo que ya poseía de mucho tiempo atrás, la convicción, pero no la fe. Por fin vió claramente, no por sí mismo, sino por la gracia, en virtud de sus oraciones y de las de otras personas, que la sola convicción no produce grandes resultados, sino que es preciso añadirle otra cosa, la sumisión, la sumisión de la cabeza, del espíritu. <sup>(3)</sup> Entonces encontró lo que había buscado durante muchos años en medio de lágrimas: la fe. Necesitó desde luego que la humildad se asociase á la convicción, para que ésta se convirtiese en fe. Así ocurre siempre y en todos los hombres.

Bueno es examinar é investigar, y aun es esto una condición indispensable siempre que se haga con modestia y sinceridad, es decir, no sólo por saber y por alimentar el orgullo, sino para aprender como discípulo de Dios y para

(1) V. *infra*, X, 8.

(2) Janssen, *Stolberg bis zur Rückkehr zur katholischen Kirche*, 421 y sig., 428, 441 y sig., 450 y sig., 471 y sig., 475 y sig., 482 y sig., 498 y sig.

(3) Janssen, *Stolberg, sein Entwicklungsgang und sein Wicken*, 98 y sig. 158.

ejecutar con presteza lo aprendido. Pero quien crea que en esto consiste la fe, se engaña miserablemente. Sólo cuando la voluntad se une á la investigación leal de la inteligencia, es decir, cuando hay sumisión efectiva á todo lo que enseña la fe, compréndalo ó no la razón, sumisión efectiva, que no procede de lo que el hombre cree comprender ó espera comprender más tarde, sino cuya causa es únicamente la humildad, la obediencia y la adhesión sin reservas á Dios, sólo entonces el Cristianismo, pero un Cristianismo viviente y completo, infunde en el hombre gérmenes capaces de producir en lo sucesivo frutos de salvación.

No es únicamente el estudio de las obras sabias lo que procura esta fe, base de la vida cristiana y eterna; lo que mucho mejor la proporciona, abstracción hecha de la gracia divina, de que todo depende, es el serio alejamiento del mundo, la vuelta completa á sí mismo, la lectura de libros edificantes, la práctica de las buenas obras, singularmente de las obras de caridad, la abnegación personal, la disciplina personal y, sobre todo, la oración ferviente y humilde. <sup>(1)</sup>

También aquí tenemos un criterio para encontrar el verdadero Cristianismo.

Allí donde uno admite como fe lo que le conviene, contentándose y complaciéndose en ello porque le conviene, y rechaza ó considera con indiferencia lo que le parece menos cómodo, allí no existe la fe divina.

Pero allí en donde existe una fe que está por encima de todo, una fe no sometida á los caprichos humanos, y en donde no hay más que una elección por hacer, ó someterse á la fe tal como es, pura y enteramente, ó bien no poseerla por completo, allí está la fe que viene de Dios, allí se encuentra la verdadera religión.

Vese aquí la sabiduría educadora del Cristianismo. Querer educar á un hombre sin disciplina intelectual, equivale á renunciar á formar lo.

(1) Hamerstin, *Erinnerungen eines alten Lutheraners*, 88 y sig.

Si la ley de Dios no hubiese exigido desde el principio una adhesión tan estricta y tan completa á la fe, de modo que evitase todo equívoco y pusiese coto á todo falso pretexto, sería declarada incapaz de educar al género humano. ¿Qué resultado obtendría un preceptor débil, con lisonjas y condescendencias culpables? Ninguno, sino perder el tiempo, ilusionarse durante algunos años con los éxitos que creería haber obtenido, mientras que su alumno conservaría todas sus ideas, obraría, no por amor al deber ó por la importancia de las cosas, sino únicamente porque esto le agradaría, y porque el momento en que todo se iría á pique no tardaría en llegar. También es una prueba de profunda sabiduría el que, en nuestra religión, lo que es más difícil, más decisivo, aquello de que todo depende, la sumisión del espíritu, haya sido impuesto desde el principio como condición preliminar. Lo que hay de más extraño en ella, es precisamente la mejor prueba en su favor.

**6. La fe como virtud, es decir, como sacrificio.**—

Pero seríamos injustos con la fe, si sólo la considerásemos como base y condición primera de toda vida sobrenatural. Es también una parte esencial de ésta, del mismo modo que es también el primer gran paso, y, en cierto sentido, el mayor paso, el paso más difícil, en el camino de la salvación. En otros términos, es en sí misma una virtud, y, en verdad, una de las virtudes más altas, una virtud sobrenatural y teologal. Esto resulta de las consideraciones que acabamos de hacer. Si la fe fuese un juego de niños, cada cual podría hacérsela; pero nadie dirá que no cree, porque creer es demasiado fácil; no se cree, porque creer es un sacrificio demasiado difícil, grande y completo.

Realmente, esto es la verdad. La fe pertenece á las prácticas más elevadas del celo religioso, porque es un sacrificio, y, de hecho, es un sacrificio que supera de mucho los sacrificios ordinarios. En cualquier sacrificio que haga á Dios, hay un bien exterior que le ofrezco; es una inclinación favorita, una acción que me cuesta algo; pero al some-

terme á Dios por la fe, me sacrifico á mí mismo por entero.

Esta comprensión de la fe nos enseña, por un lado, porque la fe, á los ojos de Dios, es cosa tan grande, y, por otro, porque cuesta tanto esfuerzo al hombre. Pero también entraña motivos, los cuales, no sólo facilitan la fe, sino que la hacen más consoladora y más sublime.

El sacrificio de la fe se refiere á Dios, y únicamente á Dios. Para comprender lo que esto significa, sólo tenemos que considerar cuán diferentes son las tres cosas que indicamos con las expresiones siguientes: creer que hay un Dios, creer á Dios y creer en Dios. <sup>(1)</sup>

También el malvado cree que hay un Dios, porque no puede negar su existencia, pero no cree voluntariamente. Si dependiese de él, preferiría negar esta existencia de Dios; mas se ve obligado á confesar lo que constituye su tormento, lo cual, ciertamente, no es una virtud.

Poca cosa es también creer á Dios. Creo á quien sabe y quiere decirme la verdad, y más voluntariamente, cuanto más superior me sea y más convencido esté de que no se engaña ni quiere engañarme. Creer á Dios, que me comunica una verdad, porque es él quien me la comunica, nada tiene de extraordinario. Lo contrario sería, más que horrible orgullo, imperdonable locura.

Pero lo que es verdaderamente grande, es creer en Dios. Sólo en Dios cree uno; no hay más que un sólo Dios en quien uno puede y debe creer: no creemos en un hombre, ni siquiera en la Iglesia. Porque creer en Dios, significa sacrificarse por Dios, escoger á Dios, con adhesión completa y libre, como último fin, escoger á Dios como último objeto del pensamiento y de la voluntad, de tal suerte, que todos nuestros esfuerzos y todas nuestras acciones, nuestro espíritu y nuestro corazón tiendan á él y desaparezcan en él.

De aquí que el sacrificio de la fe sea, en segundo lugar, un sacrificio del hombre completo. El que cree, puede y

(1) *Credere Deum, credere Deo, credere in Deum.* Agustín, *In Joan. tract.*, 29, 6; cf. S. 144, 2; Tomás, 2, 2, q. 2, a. 2.

debe también decir con los jóvenes en el horno, so pena de que su fe no sea verdadera: «No hay ahora entre nosotros ni holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso, pero recibidnos, Señor, con un corazón contrito y un espíritu humillado». <sup>(1)</sup>

Tales son las condiciones exigidas para que haya un verdadero y completo sacrificio por la fe. Preciso es que la inteligencia, lo mismo que la voluntad y el corazón, se sometan á Dios.

**7. La fe como sacrificio de la inteligencia.**—No en balde la primera de las exigencias de la fe, la de ofrecer á Dios un sacrificio completo y sincero de la inteligencia, es tan extraño á los ojos del mundo. El hombre no puede oír una doctrina ó un mandamiento sin decir inmediatamente: «¿Porqué esto?» El espíritu de glorificación personal es innato en él; no quiere creer y obedecer, sino á condición de saber previamente lo que esto quiere decir y para qué le sirve. Esta inclinación se manifiesta ya en el niño, á propósito de los principios de educación que uno quiere inculcarle; y ni la formación ni la ciencia nos libran nunca por completo de la dificultad que experimentamos al someternos á una cosa que no hemos tocado con nuestras propias manos y visto con nuestros propios ojos. Pero aquí Dios nos ordena someternos completamente á doctrinas de las cuales nos dice desde luego que superan nuestra comprensión intelectual, y que no profundizaremos jamás antes que la oscura fe se convierta en clara luz. Y si sólo en el fondo de nuestro corazón se suscita la cuestión de saber porqué y con qué objeto, inmediatamente una dulce mirada de sus ojos, mirada tanto más penetrante y tanto más dolorosa, cuanto que es más amorosa, parece decirnos: «Reclamo de ti la fe, y tú ¿me rehusas el sacrificio de tu inteligencia?» Estas palabras, que han brotado de la boca del Todopoderoso, <sup>(2)</sup> son la fuente de la sabiduría, la palabra de Dios que reina

(1) Dan., III, 38, 39.

(2) Eccli., XXIV, 5.

en el más elevado de los cielos: <sup>(1)</sup> «¿Es que mi sabiduría y mi palabra no te bastan?»

Pero ¿es posible hacer este sacrificio? ¿Cómo se puede creer lo que no se concibe? ¿Y cómo se puede ordenar creer lo que uno no puede comprender?

La mayor de las dificultades es la que nos conduce á la verdadera pista. ¿Es la fe cosa de la inteligencia? Échase en cara al Cristianismo que excita demasiado los esfuerzos de la inteligencia y produce un exclusivismo que hace á uno morir de pena y cuyas consecuencias se notan en la gnosis y en la escolástica. <sup>(2)</sup>

De aquí procede el mayor obstáculo para la fe, porque el hombre no permite que ésta se le meta artificialmente en la cabeza por manejos lógicos. <sup>(3)</sup> Casi nos disgusta tener que refutar este reproche, pues es una satisfacción especial para nosotros el que la religión, á la que generalmente se desacredita como grande enemiga del pensamiento, sea ahora repentinamente acusada de un amor exagerado y parcial á la actividad intelectual. Sin embargo, tenemos que dar testimonio de la verdad.

No negamos que la inteligencia tome parte en la fe, pero con sujeción á una doble limitación.

No sólo tiene que sujetarse á las leyes generales del pensamiento humano, sino también á las de la Revelación. Sólo una falsa comprensión de las cosas puede acusarnos de que tomamos la fe y la doctrina de la fe como una sola y misma cosa. <sup>(4)</sup>

Justo es que nuestra fe personal se rija según las enseñanzas de la fe, como el cálculo según las leyes de las matemáticas, como la mecánica según las de la geometría. Pero, por otra parte, no puede la inteligencia por sí misma probar las verdades de la fe, sino tan sólo demostrar, que las dificultades que se levantan contra ella están

(1) Eccli., *Ibid.*, I, 5.

(2) Schwarz en Schenkels, *Bibellexikon*, V, 84.

(3) Cf. también, Weiss, *Lebensweisheit* (5), IX, 3.

(4) Schwarz, *locus cit.*